

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 1.478 — P. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1557

Valores y Gastos de Remesa

MONROISMO GRENIAL

En otra oportunidad hemos comentado ciertas declaraciones de Samuel Gompers, presidente perpetuo de la American Federation of Labor, que implicaban una amenaza para la independencia del movimiento obrero de América. El locayo de Wall-Street, contando con el apoyo de ciertos líderes del obrerismo tropical, adelanta con sus maniobras panamericanistas (su último intento es la "doctrina de Monroe del trabajo"), la posibilidad de una avasallada capitalista en todo el continente; ya que la influencia de la llamada Federación Panamericana del Trabajo está causando graves perjuicios al incipiente sindicalismo de los países de las Antillas, centro y parte de la América del Sur.

Por razones de vecindad, ya que no de afinidad étnica y racial, México es el campo de ensayo de esta "doctrina de Monroe del trabajo". La conquista militar y económica de México se complementa ahora con una invasión del gompersismo. El representante de Wall Street, invocando necesidades perentorias para la clase trabajadora, ofrece su apoyo al gobierno de Obregón y se aproxima a la Confederación Regional Obrera Mexicana — supeditada al partido obregonista — para que la influencia yanqui se expanda en aquel país, distraída con falsas ideas emancipadoras.

Los últimos acontecimientos revolucionarios desarrollados en México demuestran la connivencia de Obregón con las grandes empresas petroleras yanquis que explotan las riquezas minerales de aquel feudo de Yanquilandia. Solo que ahora se desvía la opinión del pueblo mexicano con la comedia obrerista representada por Gompers y los "vaquetones" de la C. R. O. M., quitando a la conquista norteamericana las apariencias políticas y militares que la hacían odiosa a los ojos del criollo. ¿Quién duda que la "doctrina de Monroe del trabajo", traducida por Gompers en su intento imperialista de la Federación Panamericana, lleva al terreno económico grenial la beligerancia política de las pasadas intervenciones yanquis y de las anexiones de territorio mexicano a la república del Norte?

Juzgando hechos y analizando actitudes de los principales personajes que interviene en la farsa obrerista del panamericanismo, hemos sacado lógicas conclusiones respecto a la subordinación de la C. R. O. M. al gobierno de Obregón y de éste a los intereses de Wall Street, de quienes es Samuel Gompers el más eficaz agente. Nuestras consideraciones en materia de acontecimientos ya pasados y por venir, nos llevan a una imparcial juicio crítico de la maniobra del agasajo de los agentes obreristas de Obregón, complotes y participaciones en la comedia monroista que dirige el presidente perpetuo de la American Federation of Labor.

En un artículo que refleja la opinión oficial de los obreros mexicanos, se con-

suró lo que, para los "vaquetones" de la C. R. O. M., es una falta de fraternización... y que nosotros llamaríamos una negativa de nuestra parte a complicarnos con los manejos políticos de esos servidores del gobierno mexicano y del capitalismo yanqui. Pretendían los dirigentes del laborismo mejicano que LA PROTESTA elogiara su actitud frente al movimiento armado dirigido por un ex ministro de Obregón contra el "presidente constitucional" y que, aplaudiera sus vergonzosas condescendencias con los "vaquetones".

el Pretendido carácter obrero y revolucionario de esa sucursal de la American Federation of Labor, nos raplamos a los acontecimientos recientemente desarrollados en aquel país.

El escritor yanqui John P. Frey, residente en México y experto en cuestiones mexicanas, publicó un artículo — que transcribió integro el diario socialista "La Vanguardia" — comentando la actitud de los gremios obreros de la C. R. O. M., frente a la última guerra civil. Nos remitimos, pues, a esa fuente directa y a la opinión de los obreros mexicanos.



Sufre la fortuna y no desmayes. Tu heroísmo sobrevive a las hegemonías los proletarios. Y ellos te seguirán.

Samuel Gompers, principal gestor del apoyo de Estados Unidos al actual gobierno de México?

Pretendiendo desvirtuar nuestras afirmaciones — que el periodismo de referencia supone implantadas en una paga o subvención del "revolucionario" De la Huerta — se dice que la C. R. O. M. no está ligada al partido gobernante. Se somete a la influencia de Gompers. La especie de nuestra "interesa parcialidad" se destruye con sólo tener en cuenta la distancia que nos separa de México y la poca repercusión que tienen en nuestro ambiente las querellas políticas de los caudillos mexicanos. Y en cuanto a la independencia de la C. R. O. M.,

ta de información que de ser parcial, lo será en beneficio del obrerismo oficial mexicano y del gobierno de Obregón.

Los comentarios del citado escritor se refieren a la guerra civil en pleno apogeo cuando fue escrito el artículo de referencia. Y vale a manera de introducción este aserto, anticipado por nosotros hace ya varios meses:

"La Federación Americana del Trabajo, asegura John P. Frey, ha expresado sus simpatías por el gobierno de Obregón en sus esfuerzos por vencer las fuerzas que ahora mueven la guerra civil. La Confederación Regional Obrera Mexicana, agrega, no solo ha firmado lealtad a Obregón, sino que ha tomado

en la lucha una parte activa y prominente."

Serán suficientes esas citas para comprobar la influencia de Gompers en los asuntos mexicanos y la subordinación de la C. R. O. M. al gobierno de México. Pero hay otras afirmaciones, en el artículo que comentamos, que demuestran a las claras el papel que representaron los obreristas oficiales tanto en la política interior como en la externa del presidente Obregón. Veamos, pues, antecedentes que "ignoran" los diarios mexicanos "vaquetones".

El presidente Obregón, cuando el citado Frey, era personalmente un defensor del movimiento obrero y del contrato colectivo y el principal ministro de su gabinete, Carlos Arce, fue un sincero amigo de la obreridad obrera. No era de extrañar, que el presidente Obregón fuese partidario de la organización grenial y creyere en el gremialismo, puesto que mientras trabajó de maquinista en los Estados Unidos, años atrás, se adhirió al gremio de los maquinistas y desde entonces conservó su afiliación efectiva.

Al comienzo de su desarrollo, la C. R. O. M. se puso de relieve al aplicar la doctrina de Monroe al movimiento obrero americano, asumiendo el papel principal entre los movimientos obreros americanos para oponer a la Federación Americana del Trabajo una organización de la Federación Panamericana del Trabajo. Promoviendo, por ende, la independencia de los sindicatos nacionales y extranjeros y en las conferencias panamericanas de trabajo, efectuadas ya en México, ya en los Estados Unidos, los dirigentes del movimiento obrero de ambos extremos, norte y sur de México, se concentraron con el objeto de desarrollar un movimiento obrero panamericano que, análogo a las escalas del hemisferio occidental, se afirmara sus derechos, protegiera sus intereses y diera a los trabajadores la posición que deberían ocupar, tanto en la industria como en la sociedad. Desde la organización de la Federación Panamericana del Trabajo, la C. R. O. M. tiene a uno de sus miembros, Camilo A. Vargas, como secretario de la sede nacional de la Federación Panamericana, en el local de esta, situado en el edificio de la Federación Americana del Trabajo, en Washington.

Y, como si fueran poco esas declaraciones elogiosas para el obrerista Obregón y sus simpatizantes de la C. R. O. M., agrega aún:

"La actitud amigable, inteligente y atinada del gobierno de Obregón, agregada a los consejos y a la ayuda dada por la Federación Americana del Trabajo, permitió al movimiento obrero mexicano asegurar condiciones de trabajo que pocos años antes hubieran considerado imposibles de conseguir. Los nombres de ocho hombres más prominentemente establecidos en todo el país, los obreros fueron duplicados y aún triplicados. El poco pasó a la historia, y hoy se reconoce como una 'destacada victoria' del pasado. Sin embargo, el gobierno mexicano en cambio no sólo ha retrocedido, sino que, porque el movimiento obrero había cooperado con el gobierno mexicano en la creación de un sistema de relaciones públicas que, en el día de hoy, ha dado excelentes resultados."

¿Puede, estas cosas, considerarse la complacencia de la C. R. O. M. al gobierno mexicano y de éste con el mismo?

yo de la libertad, en este caso, es la defensa del territorio revolucionario mediante cuerpos armados. Es claro: si ese método fuera el único para la realización del anarquismo comunista, podríamos renunciar a nuestro objetivo, pues, en caso en que la revolución en Alemania y en Austria fuera social, no podemos contar que, estallará al mismo tiempo que nuestra revolución la revolución mundial. Pero en caso de que esto no se produjera, según la opinión de los defensores del período de transición, se debía aceptar una acción defensiva del militarismo revolucionario, una acción táctica, por lo menos, en el caso del territorio revolucionario frente a un mundo de enemigos.

Es para mí bastante segura que la realización del anarquismo comunista se efectuará de una manera idéntica a la realización del principio republicano. Habrá intervalos de larga duración, hasta que un país siga al otro, como hubo largos intervalos hasta que la república se estableciera en un Estado fué seguida por los demás. También la democracia burguesa creció en 1848 que sólo por una revolución mundial republicano-democrática podía llegar Europa a ser república, y esto de una vez. La historia contemporánea ha enseñado otra cosa.

De las consideraciones expuestas se deduce el rechazo completo de la defensa del territorio revolucionario con los métodos usuales técnico-militares por nosotros, anarquistas y sindicalistas. Si aceptamos esos métodos, entonces podríamos renunciar a la realización de nuestro objetivo. Pues dado que es seguro o al menos posible que se produzcan invasiones militares del mundo militar-capitalista, chocaríamos en una "etapa transitoria" de una larga serie de encuentros guerreros a los que muy probablemente ninguno de nosotros sobreviviría y cuyo resultado definitivo es muy dudoso. En todo caso me parece el intermedio de un período transitorio en este caso inapropiado para la realización del anarquismo.

Se dice ordinariamente que una etapa transitoria exige que la organización política, económica, de la revolución surga con todo el peso de la administración de la producción y de la organización y por consiguiente que someta forzosamente grandes partes del resto de la sociedad a sus deseos. Esto sería una dictadura de las Federaciones anarco-sindicalistas contra una gran parte de la sociedad. Pero debo repetir que no puedo representar en general una revolución social de ese modo sin una dictadura estatal efectiva. Si nuestras federaciones anarquistas y sindicalistas procediesen de esa manera, llegaríamos muy pronto, no a la superación del período transitorio, sino al olvido del anarquismo.

Desde el punto de vista del anarquismo la revolución social no es la sumisión de la vida social a una corporación cualquiera, represente o no la mayoría. Si no que es el desarrollo y el desconocimiento de todas las partes del cuerpo social y de la comunidad social para la libertad.

En una revolución social la organización obrera anarquista y sindicalista sólo tiene que ocuparse de entrar en posesión libre de la tierra y de los instrumentos de producción a fin de abolir el sistema del salario. Cuando cada individuo posea la posibilidad de vivir sin trabajo asalariado, existirán aún partes de la población que se querrán regir por el viejo, que no estarán espiritualmente maduras para lo nuevo: En una sociedad socialista anárquica no se les privará de vivir para sí, a su modo. La revolución se destruye únicamente el privilegio de la explotación y la servidumbre, pero el derecho a un modo de vida individual y personal, esté organizada como quiera. En la libertad la forma personal de vida anárquica sólo puede dañar al individuo mismo, pero no a los demás, ni a la colectividad. Y justamente en la diversidad de las maneras de vivir se fundará la evolución libre de la sociedad anarquista comunista, a diferencia de la actual evolución forzosa.

Aplicados o consideremos de cualquier modo el problema de una supuesta etapa transitoria; lo cierto es que no posee ninguna especie de justificación ni de necesidad en los principios tácticos y métodos del anarquismo. Ciertamente, en tal período transitorio ofrece tan po-

Sobre el "período de transición"

Un problema sobre el cual no existe centro del anarquismo y del anarco-sindicalismo ni unanimidad ni claridad, es del modo de realización de la revolución social. Las causas de confusión sobre este asunto en nuestro movimiento nacieron de la realización del marxismo en el experimento ruso. El bolchevismo afirmó que apoyada en las conocidas "medidas transitorias" que preveía el marxismo (1847), una revolución puede cumplir su tarea, pero que el estado de cosas obtenido por la revolución no representa de ningún modo la misión de esa revolución, sino que tan sólo ofrece la posibilidad de lograr dicha misión originaria-revolucionaria por el camino de un "Estado transitorio". Partiendo de esa consideración, se juzgará la "dictadura del proletariado", es decir la toma del poder de Estado por los jefes del proletariado como una vía inevitable y como un mal necesario e indiscutible.

Esta argumentación entera es falsa y se basa en conclusiones dialécticas mentirosas, de las que no se sabe si arraigan en la historia o en la ignorancia de sus defensores.

Una revolución realiza un cierto trabajo y crea la base para algo nuevo; o bien no realiza ese trabajo y entonces lo nuevo no puede desarrollarse. Algo así como una revolución la realización de una revolución y después el mantenimiento del mismo estado de cosas anterior, la autoridad y la explotación económica y política, pero que ahora debería ser llamada período transitorio a algo superior, no existe ni en la naturaleza ni en la historia. Una revolución que se desmenuza así del seno de la madre. Se produce el nacimiento (la revolución) y el ser recién nacido es algo completamente nuevo, un mundo propio, con sus propias leyes vitales, sus tendencias revolucionarias. No es lo que son la madre y el padre, no, hace nacer de conflicto con el pasado, algo que es nuevo, un producto nuevo.

De este sencillo ejemplo se desprende ya que la idea marxista de un período de transición con los medios de la vieja sociedad política del Estado y el mantenimiento de la forma del monopolio político dentro de la sociedad, no es otra cosa que una mentalidad inquisitiva que busca la permanencia del proletariado y de la sociedad. Desgraciadamente, no puede considerar el problema de la revolución ha desamparado también un cierto paso desde la conquista del poder por el bolchevismo ruso en el movimiento anarquista y anarco-comunista. Representantes de nuestras ideas sostienen que los períodos de la realización de nuestro ideal se representan algo así como en esta forma: Revolución — Período de transición — Objetivo final.

Indudablemente, aquí desempeñan un gran rol las influencias y efectos del marxismo, lo mismo que las circunstancias de que el principio de la revolución social, precisamente porque en la revolución rusa, no ha sido puesto en ejecución, no posee todavía una representación clara en nuestro movimiento. Se olvida muy fácilmente en la anterior formulación del concepto de un período necesario de transición, que nos debatimos en una ideología primaria y social-demócrata, como la que halla su expresión también en los programas mínimos y máximos. Pero todo eso, como nos lo demostró la experiencia del último medio siglo, llevó a que la idea de la destrucción completa de los fundamentos de la sociedad actual y de sus instituciones de violencia, se haya debilitado de tal modo que hoy no es comparable con la revolución rusa.

El lector puede deducir, provechosos conclusiones de esa victoriosa derivación del movimiento obrero mexicano al estereotipo político en que se refectan las cosas de la C. R. O. M. y de la burocracia obsequiosa. Compara, de la diligente por el acuerdo de los grupos que sobreviven a Wall Street.

parecida ya por las grandes masas y por el pueblo, y nosotros, los anarquistas comunistas y anarco-sindicalistas, tenemos que comenzar propiamente de nuevo el trabajo educativo.

Ya la concepción de una etapa de transición es una cosa oscura en relación con nuestras ideas, porque niega el principio de la revolución y lo limita y además porque no puede establecer un plazo determinado de duración de tal etapa transitoria. Es indiscutible que si esa etapa transitoria debiera exigir largo tiempo sería inevitable la instalación de una dictadura político-militar y estatal. Pues a la larga un principio como el del anarquismo no puede asociarse a los medios violentos de la opresión, sin crear un aparato, militarmente construido, que encierraría sin duda la autodestrucción del anarquismo y de la misión anárquica de la revolución. Justamente porque se rechaza el machismo es por completo ilógico reconocer indispensable un período transitorio después de la revolución. Es indiscutible que, en tanto que el principio militarista es armonizable con la revolución revolucionaria ha sido realizada por Masimo y sus amigos en la forma más popular y libertaria. En este concepto el anarco-machismo es la expresión más radiante de la militarización bolchevista forzosa, que significa sencillamente la reconstitución de la estructura creada por el despotismo aristocrático de toda autocracia.

Qué tareas concretas, vitales, ofrece la etapa "transitoria" para la ejecución y la realización?

Es sostenido por todos que es aquel período necesario que debe tomar medidas violentas después del estallido de la revolución contra la burguesía amenazante y contra sus agentes conscientes, en lo cual se olvida que la palabra "burguesía amenazante" es propiamente una palabra de orden bolchevista que sólo simboliza el hecho de que la revolución aparta el marxismo no destruye de ningún modo la burguesía. En una revolución verdaderamente social, como la que anuncia el anarquismo, no existe ya ninguna necesidad para las medidas violentas contra una burguesía amenazante, pues tal revolución aboliría sencillamente la burguesía desde que el proletariado sea emancipado, gracias a la posesión de los medios de producción por las organizaciones económicas anarco-sindicalistas, por las gildas productoras y en general por la comunidad revolucionaria.

En cuanto el proletariado ha cesado de ser proletariado y no necesita venderse a hombres que disponen de un privilegio, sucumbe automáticamente la categoría social de la burguesía. Esta se sólo amenaza cuando está en situación de comprarse proletarios que defiendan después sus intereses burgueses. Pero cuando el proletariado se ha hecho propietario en el orden comunista colectivo, no se alquila más a la burguesía y no habrá más agentes conscientes de ella, porque el burgués, al desvalorizarse su dinero, no posee medio alguno para alquilar a los hombres y apoderará entonces el interés de las grandes masas en la extirpación de la burguesía, es decir, contra la autoventa de los hombres por un salario.

Tomemos otro asunto. Se sostiene que un período transitorio es necesario, porque durante el mismo se podrán repartir las existencias de los artículos de consumo, mientras los principios del comunismo anárquico implican una participación del individuo en su disfrute según sus necesidades. Pero se olvida que este principio no tiene nada que ver ni con la revolución, ni con la etapa transitoria, ni con la anarquía misma, como un estado social. Este problema halla su respuesta en las posibilidades dadas de la situación. Puede ser resuelto del mejor modo, no por medio de un período transitorio cualquiera, sino sólo mediante el libre acuerdo de los grupos productores, lo que corresponde completamente a los principios del anarquismo. Felizmente este problema de la estrechez económica es puramente pasajero y en uno o dos años podrá ser resuelta una iniciativa libre de producción en una sociedad sin monopolio (1).

No quiero entrar, en este lugar, estadísticamente en la supuesta necesidad de un llamado período transitorio para la defensa del territorio revolucionario mediante cuerpos armados. Es claro: si ese método fuera el único para la realización del anarquismo comunista, podríamos renunciar a nuestro objetivo, pues, en caso en que la revolución en Alemania y en Austria fuera social, no podemos contar que, estallará al mismo tiempo que nuestra revolución la revolución mundial. Pero en caso de que esto no se produjera, según la opinión de los defensores del período de transición, se debía aceptar una acción defensiva del militarismo revolucionario, una acción táctica, por lo menos, en el caso del territorio revolucionario frente a un mundo de enemigos.

Es para mí bastante segura que la realización del anarquismo comunista se efectuará de una manera idéntica a la realización del principio republicano. Habrá intervalos de larga duración, hasta que un país siga al otro, como hubo largos intervalos hasta que la república se estableciera en un Estado fué seguida por los demás. También la democracia burguesa creció en 1848 que sólo por una revolución mundial republicano-democrática podía llegar Europa a ser república, y esto de una vez. La historia contemporánea ha enseñado otra cosa.

De las consideraciones expuestas se deduce el rechazo completo de la defensa del territorio revolucionario con los métodos usuales técnico-militares por nosotros, anarquistas y sindicalistas. Si aceptamos esos métodos, entonces podríamos renunciar a la realización de nuestro objetivo. Pues dado que es seguro o al menos posible que se produzcan invasiones militares del mundo militar-capitalista, chocaríamos en una "etapa transitoria" de una larga serie de encuentros guerreros a los que muy probablemente ninguno de nosotros sobreviviría y cuyo resultado definitivo es muy dudoso. En todo caso me parece el intermedio de un período transitorio en este caso inapropiado para la realización del anarquismo.

Se dice ordinariamente que una etapa transitoria exige que la organización política, económica, de la revolución surga con todo el peso de la administración de la producción y de la organización y por consiguiente que someta forzosamente grandes partes del resto de la sociedad a sus deseos. Esto sería una dictadura de las Federaciones anarco-sindicalistas contra una gran parte de la sociedad. Pero debo repetir que no puedo representar en general una revolución social de ese modo sin una dictadura estatal efectiva. Si nuestras federaciones anarquistas y sindicalistas procediesen de esa manera, llegaríamos muy pronto, no a la superación del período transitorio, sino al olvido del anarquismo.

Desde el punto de vista del anarquismo la revolución social no es la sumisión de la vida social a una corporación cualquiera, represente o no la mayoría. Si no que es el desarrollo y el desconocimiento de todas las partes del cuerpo social y de la comunidad social para la libertad.

En una revolución social la organización obrera anarquista y sindicalista sólo tiene que ocuparse de entrar en posesión libre de la tierra y de los instrumentos de producción a fin de abolir el sistema del salario. Cuando cada individuo posea la posibilidad de vivir sin trabajo asalariado, existirán aún partes de la población que se querrán regir por el viejo, que no estarán espiritualmente maduras para lo nuevo: En una sociedad socialista anárquica no se les privará de vivir para sí, a su modo. La revolución se destruye únicamente el privilegio de la explotación y la servidumbre, pero el derecho a un modo de vida individual y personal, esté organizada como quiera. En la libertad la forma personal de vida anárquica sólo puede dañar al individuo mismo, pero no a los demás, ni a la colectividad. Y justamente en la diversidad de las maneras de vivir se fundará la evolución libre de la sociedad anarquista comunista, a diferencia de la actual evolución forzosa.

Aplicados o consideremos de cualquier modo el problema de una supuesta etapa transitoria; lo cierto es que no posee ninguna especie de justificación ni de necesidad en los principios tácticos y métodos del anarquismo. Ciertamente, en tal período transitorio ofrece tan po-

En 1726 se produjo también en los zapateros de Augsburgo un gran movimiento. Antes habían tenido lugar en Würzburg y Stuttgart, y en esa ocasión se descubrió una activa correspondencia de los obreros de esas localidades con los de Munich y Augsburgo. El consejo municipal de Augsburgo prohibió en esa correspondencia, después de negociaciones previas infructuosas, el uso de un sello especial. Esto indignó a los obreros de tal modo que abandonaron el trabajo. El consejo creyó poder solucionar la situación estatuyendo un florín y 30 cruzados a cada huelguista como castigo. Esto hizo que, una noche los obreros emigraran a otro distrito, unos 100 hombres. Todas las amenazas del consejo de Augsburgo para que regresaran fueron vanas. Al contrario, los huelguistas siguieron, además de todas partes para comunicar el castigo a los camaradas del mismo oficio. En el minicano Benedicto Heles, de Friedberg, que había sido el mismo asaltado, les ayudó. Tres meses después, algunos obreros forasteros se dirigieron a Augsburgo. La situación de los patronos se hizo seria. Después de las amenazas recibieron a los fueros. Los obreros impusieron, además de las condiciones anteriores, el pago por los patronos de un sueldo, durante todo el tiempo del paro, en Friedberg. El consejo de Augsburgo amenazó de nuevo, siempre en vano. Por fin se llegó a un convenio. Los obreros declararon que se pagarán sus sueldos, más de 3000 florines. Pero nada más de ellos volvió a Augsburgo, sino que se fueron después a otros oficios, abandonando también la ciudad.

En 1730 hubo una huelga contra los patronos constructores de carros de

No temen aun antes de pasar al examen
detalle de las virtudes que a esta re-
nunciatura no tiene nada de negativo

Posiblemente tú conoces bajo otros nombres a las virtudes prácticas que vamos a enumerar. Es posible que las practiques modestamente, hábilmente, sin haberlas adquirido nunca, pero encontrarías un hombre.

No importa. El más bello libro de moral puede contener páginas en blanco donde cada cual podrá poner de lo suyo. Un código moral práctico, en último análisis, no es sino un momento, una guía de las disposiciones mentales que debes tener listas en previsión de todos los actos de tu vida.

El pensamiento y el sentimiento humano se explican por la naturaleza misma del hombre, de los sentidos del hombre. La vida moral se explica por la naturaleza misma de las virtudes o predisposiciones para traducir y prolongar en actos morales al mundo razonable que el hombre tiene en sí.

El hombre se forma, comunemente una idea, excesiva de las virtudes. Cree que, como el talento y el genio, están distribuidos por un azar parsimonioso y antojadizo y cree que es necesario un duro y paciente aprendizaje, para adquirirlas, y una vigilancia continua para conservarlas.

De esto tienen la culpa los charlatanes que a fuerza de querer realzar y embellecer las virtudes, las han vuelto inaccesibles para la muchedumbre intimidada, algo así como esas señoras demasiado bellas, demasiado hábiles y juiciosas, que mueren solteronas por haber inspirado demasiado respeto a sus amantes.

La virtud no es en lo más mínimo una rareza sublime, sino una forma cotidiana, cómoda, amable de la vida humana. Es la vida humana misma, guiada por la razón, aguilonada por el deseo de ser un hombre.

La belleza es la forma que damos a las imágenes de la vida.

No tenemos nunca la certeza de fijar la salud, la suerte, la fortuna. Pero el más humilde y el más ignorado de los hombres es dueño de su felicidad en la medida del dominio que tiene de sí mismo.

No creas, hermano Hombre, que tu trabajo ha conseguido cuando has recibido tu paga, acostado a tus niños, provisto a tu mujer del dinero para nutrir y cubrir el hogar. Pero pregúntate por lo bajo:

¿Qué es lo que me he hecho más feliz en toda mi vida? ¿Cuál fue la hora en que he sido tan contento de vivir que mi pecho respiraba, que todo reía en mí y en torno mío, que la ciudad y el mundo me parecían en fiesta y en flor?...

¡Bien! ese día, esa hora, te es dado revivirla si quieres tomarte la pena de revisar mentalmente y poner en orden tus virtudes, para ver todo el partido que puedes sacar para esta nueva vida que será definitivamente tu vida.

Las grandes virtudes.

Las grandes virtudes son las que despienden a todas las otras, de donde todas las virtudes prácticas derivan. Se llaman curiosidad, resignación, audacia, entusiasmo.

LA CURIOSIDAD. La curiosidad es la inteligencia detenida ante las cosas y las gentes, para comprenderlas, amarlas cuando lo merecen, y accionar sobre ellas si es preciso.

La actitud contraria es la indiferencia. La curiosidad de la razón que sale de ti para penetrar y ganar la curiosidad de la mente crítica que es el mismo tiempo que la virtud de toda inteligencia. La virtud práctica de toda actividad humana, del espíritu crítico aplicado a la vida moral tiene, al mismo tiempo, su entusiasmo y su humildad. No hay buen agente sin método de trabajo, buen obrero sin métodos. Los modelos y métodos de la vida moral son todos los que, por una naturaleza de su naturaleza o de su destino, han realizado una vida moral, una vida moral como un atleta realiza una vida deportiva, que todos no pueden hacer y aprender, pero cuya enseñanza es útil para todos.

Los modelos de la vida moral son todos los que, en la historia o la literatura, han realizado una vida moral, una vida moral como un atleta realiza una vida deportiva, que todos no pueden hacer y aprender, pero cuya enseñanza es útil para todos.

Claramente, si no puedes ser Sócrates, Epicuro, Barroto, Vicente de Paul, pero puedes imitar la vida de la modesta curandera, la curandera de una gran virtud. No digas: "Son muy grandes, demasiado fuertes, muy altos;

yo no podré seguirlos". Su fuerza de alma, como la luz, alumbra bien lejos en su torno. La menor de sus claridades, cayendo sobre ti te ilumina, fecunda algo en ti y te hace adaptar al cuadro de tu vida la partícula que eres capaz de percibir, comprender y asimilar.

La belleza de una obra teatral no reside en la decoración, sino en su texto. La belleza de una vida humana proviene de su texto, que es el hombre. Sócrates no era, al fin, sino uno de esos viejos ociosos, habladores y rotos, como existen en todas las plazas de aldea. Spinoza no era sino un pobre obrero de óptica, cuyo único placer aparente era el de fumar una pipa, todas las tardes, en el banco de la puerta, charlando de pequeñas cosas con sus huéspedes. Y sin embargo, Sócrates o Spinoza, ocupan un lugar en el conjunto de la historia humana diversamente grande al de César o Napoleón.

El espíritu crítico te enseña a medir todas las grandezas humanas, y a contentarte con la suya. El entusiasmo interior te enseña a no envidiar el tesoro de los otros, sino a considerar todo lo que te rodea como tantos tesoros suficientes para tu dicha. El espíritu crítico no fabrica la felicidad, pero nos indica todos los caminos que nos alejan de ella. Tu mejor amigo no podría hacer nada mejor por ti.

EL CORAJE. El coraje es la virtud que permite al hombre vivir conforme a las verdades morales que su espíritu crítico le ha mostrado como tales. El coraje es un aspecto, una actitud, una disposición permanente de la conciencia. Cuando debe resolverse en actos se llama, según las circunstancias, entusiasmo, resignación, audacia.

La resignación es la virtud del pensamiento que sabe los límites de nuestro destino, de nuestros días, que se conforma y saca siempre partido del modesto lo que nos toca.

La audacia es la virtud que arriesga lo que ha juzgado ser verdadero, razonable y justo.

El entusiasmo es la audacia del corazón, del sentimiento irreflexivo, la intuición generosa que se adelanta, para resolverse en acto, a la reflexión y el juicio que los aprobará.

Los grandes mártires de las religiones o de las filosofías nos ofrecen bellos ejemplos de la audacia de pensar, de continuar en la vida su sueño interior. Si, durante el curso de nuestros pequeños días, no tenemos muchas ocasiones de levantarnos a esas cimas del sacrificio, la audacia no deja de ser por eso la virtud que necesitamos para superar, día a día, las falsas vergüenzas, las rutinas, los prejuicios, que nos desvían y nos impiden ser un hombre. La audacia cotidiana es como esos menudos tallismanes de los cuentos de hadas, varita, pito, plectrit, varita cuyo uso permite a su feliz poseedor vencer, jugando, los obstáculos que se le multiplican delante.

Ahora bien, para que ese tallismán de la vida práctica alcance su finalidad, es preciso no usarlo caprichosamente, sino más bien acostumbrarse a transformar la audacia en costumbre. Los dirigidos que tiran de una embarcación no dan nunca golpes violentos e intermitentes a su cable, sino que con un movimiento lento, bien ordenado, continuo, hacen avanzar la pesada barca. Así llegará el momento en que no tendremos que hacer ese esfuerzo de audacia como a la improvisación, tanto la audacia habrá llegado a ser una cualidad continua e invisible de nuestros pensamientos morales y hasta tal punto nuestros actos habrán tomado su forma.

El coraje en este sentido es la gran virtud de los renovadores, de los creadores en la ciencia, el arte, la filosofía, la vida social. Es por lo cual se los llama revolucionarios. Ellos sacuden violentamente ese blando almohadón de prejuicios sobre el cual nos es tan agradable reposar nuestra cabeza. Pero no es a ver que los latinos saben que la fortuna favorece a los audaces, que la palabra señera de la felicidad es: *arrogancia*.

A menudo, con un primer impulso, el entusiasmo espontáneo, alcanza los resultados de la audacia reflexiva. Esto no basta sin embargo para erigirse en método activo de toda una vida, porque escapa al control del espíritu crítico, tanto como porque no constituye, en suma, sino un accidente feliz de la vida sentimental. Un hombre entusiasta, se dice a menudo, vale más para arrastrar a una muchez-

cumbre que mil lógicos. De acuerdo. Lo que viene del sentimiento es, en efecto, de pronto, más comunicativo que lo que proviene de la razón.

El entusiasmo choca, reúne, arrastra. El corazón lo arroja bruscamente fuera, como la boca arroja un grito.

Pero en la práctica, una vez disipada la fugaz emoción, el único entusiasmo fecundo es el que la razón fertiliza, anima y que se confunde con la audacia. La audacia es instantánea la atención del entusiasmo y de la fría razón. La razón, sola, no puede convencer sino a gentes bien dispuestas a escuchar atentamente y juiciosas. Ella no teme a un hombre por el cuello; no hace ver de un golpe las estrellas a su entendimiento.

Lo que hace, posiblemente, la rigidez del estoicismo antiguo, es precisamente porque era demasiado razonador, demasiado razonable. La sublime e imparcial constancia de Epicuro, bajo la tortura, nos convierte menos que las pobres lágrimas humanas de Jesús en el Jardín de los Olivos. No se puede ser un hombre verdaderamente sin la condición de permanecer hombre, de tener noblesas y habilidades comunes con esta humanidad que nosotros queremos afirmar y purificar en nosotros.

Así el coraje, iluminado por el espíritu crítico, caldeado por el entusiasmo, nos conduce al amor, al don constante, renovado de sí mismo, a la eterna combinación del hombre y del mundo que lleve en su interior, el amor que no definimos mayormente porque todo este libro no ha ensayado ser sino una definición realizada, porque toda filosofía puede decir, con Sócrates: "Yo no sé sino una ciencia, pero ella contiene a todas las otras, pues es la ciencia del Amor".

Las virtudes y las mentiras.

Si la virtud, como la razón, no busca sino lo verdadero, debe saber, dejar su parte a las necesidades comunes. El hombre mejor y más recto vive en una sociedad cimentada por completo de mentiras que, discernidas por su razón, acepta resignada. El que no quisiera aceptarlas sería, como el Alcaide de Mo'ere, un agua-fiestas, un amarga-vida, que haría desgraciados a todos los que se le afirmasen. No vivimos en un manual de moral en acción, sino en la vida. Sobre otros hombres, no hay uno que no mintiera, sea con su silencio, al menos una vez por hora, que no se cuide de decir, trágicamente lo que piensa a sus compañeros cotidianos, uno que no acepte y no pretenga esas mentiras oficiales, necesarias para la armonía de sus relaciones. Es necesario amar terriblemente a un hombre para decirle, siempre, todo lo que se piensa.

Pero esas fraternales mentiras, impuestas por el contrato de la vida en común, no son como esos errores, prejuicios y quimeras que tu razón crítica ha arrojado lejos de tu ruta. Son como pequeñas sinchadillas que suavizan lo que puedan tener de rudo los preceptos puros, practicados.

Lo mismo que el pasamanos de una baranda de hierro bruto, a lo largo de una escalera, donde pasa mucha gente, se hace suave y pulido, sin perder nada de su fuerza, así las mentiras de la vida son como el pulido que toman tus actos morales para no herir a tus semejantes.

Es por esto mismo que se llama *politece*, se al arte de vivir con otros, de aburrir, se y callarse para ser agradable al vecino. La *politece* (cortesía), o como se la llama también con justos *savoir-vivre*, es así la forma modesta, usual, adaptada a las modas y costumbres del tiempo, del lugar que toma toda sensatez amante cuando sale de su casa para pasearse entre los hombres.

Las pequeñas virtudes.

Las Pequeñas Virtudes son las que serán más necesarias y las más cómodas de practicar, de vivir a la vida por la costumbre y de fundir y asimilar a tu carácter, que, como tu cuerpo, no te quita nunca.

Tu pensamiento, tu razón y las grandes virtudes que animan, no están siempre activas. Tienen reposos, detenciones. Tu carácter no.

Las pequeñas virtudes no son nada más que los mismos minutos de tu vida, considerados bajo el aspecto más bello y más reciente que ellos puedan revestir.

Puedes tomar tu sopa y tu puchero en un plato sucio, naturalmente. Pero es indudable que sentirás más placer comiendo en un plato limpio, decorado con pájaros y flores.

Puedes vivir con un carácter rudo, sucio, mal desbastado, está claro. Pero tú mismo y todos los que te rodeen se enriquecerán de felicidad si has sabido "perfecto" y alegrarlo con los pájaros azules y las flores encantadas que llevamos en nuestro jardín interior.

Las pequeñas virtudes, en efecto, están más adentro que las otras en nuestra naturaleza física y forman casi parte de nuestro temperamento.

Así como algunos son de nacimiento sanguíneos o nerviosos, gordos o flacos, muchos humanos tienen la suerte de nacer suaves, discretos, bonachones, indulgentes y alegres.

ROGER DEVIGNE

(Concluirá)

RUDOLF ROCKER

Las armas de la guerra

II

¡Compañeros representantes de los trabajadores de la industria de los armamentos de Alemania! Estamos hoy ante una decisión de graves consecuencias. Hemos planteado el problema: "¿Cuál es nuestra actitud respecto de la elaboración de utensilios para el ejército?"

Plantear este problema equivale a contestarlo. Hemos vivido una catástrofe, una catástrofe de un alcance tan incalculable que la historia mundial no había visto hasta aquí. Quince millones de muertos, millones de ciegos, heridos, enfermos... y quién sepa la suma de la miseria general que ha creado esta espantosa matanza de pueblo. Si un cerebro humano fuera capaz de concebir en su totalidad horrible esta cruenta matanza de todos sus seres y determinar lo, caería bajo un avalancha de dolor, de sangre y de lágrimas. La mayor parte de los hombres son moralmente cobardes, temerosos ante la responsabilidad, y solo están dispuestos a echar la propia culpa sobre ajenas espaldas. ¿Qué hemos hecho hasta aquí para combatir el Moloch militarista, para arrojar de nuestras guerras al demonio de la guerra? Antes que nuestros jefes políticos aprendieran el "hasta el fin" nos contentábamos con la máxima: "Para el militarismo un un-

hombre ni un penique". Y habíamos visto en estas palabras la última conclusión de la sabiduría. Pero no nos oponíamos cuando el Estado azotaba nuestros hijos en los cuarteles y los adiestraba con todos los refinamientos para la matanza humana. En los Parlamentos no se aprobaba un penique para el Moloch, pero nosotros fundíamos cañones y forjábamos fusiles para él. Y esa culpa no es sólo de la clase obrera alemana; sino de los trabajadores del mundo entero. En nuestros congresos mundiales predicábamos el amor fraternal, pero nuestros besos de hermanos eran besos de Judas, pues nos arrojábamos, provechosos más y más los arsenales de la muerte, los talleres de la matanza sistemática de las masas. ¡Abajo las armas! — gritábamos con frenético entusiasmo, pero no fuimos el valor moral para abandonar los martillos que las forjaban. El corazón latía en nosotros más alto cuando sonaba en nuestros oídos:

C'est la lutte finale, grappons nous et mourons de notre mort [de morir].
1/Internationale sera la genre humain!

Pero cuando llegó la hora de la prueba, entonces abajamos los sonos de la Internacional en el *Deutschland, Deutschland über alles*, como los sonos de la

Marsellesa quedaron sofocados finalmente en el canto de triunfo del zarismo ruso en la poesía de Tchekowsky.

Cuando las conquistas de la revolución parisiense de febrero fueron aniquiladas, escribió Alejandro Herzen con amargo desprecio humano: "No habéis querido el socialismo, pues bien, tendréis la guerra!" Y la tuvimos. Si el proletariado de Alemania y el mundo entero no comprendiese la grave seriedad de esta hora, volveríamos a tener la gran catástrofe.

Compañeros, bastante ha reposado la guerra sobre las comarcas de Europa; ahora está de nuevo la decisión en nuestros manos. No nos será aportada desde afuera, ningún congreso de la paz nos la dará; la solución del problema sólo puede ser realizada por la acción revolucionaria directa de los trabajadores mismos.

No fabriquemos más armas de guerra! No demos al Estado más cañones, más fusiles. No pongamos más armas de muerte en las manos infames de los fríos asesinos. Preocupémonos de que los establecimientos de la destrucción y de la espantosa carnicería humana se transformen en talleres del trabajo útil y pacífico. Vivimos en una época extraordinaria, en una época revolucionaria, y tales momentos exigen resoluciones extraordinarias y actos revolucionarios. No es esto el instante de los temerosos tímidos. Toda vacilación es criminal, es favorecimiento del crimen. Rabia ya en nuestras propias entrañas. Apenas han pasado cuatro meses y el arsenal entero de los Hohenzollern está de nuevo en completa actividad, — esta vez contra el propio pueblo. El 9 de noviembre fue un rayo de luz en las tinieblas de nuestra desgracia, su nombre. Un sistema nefasto, cuyos representantes están cargados con las maldiciones de la humanidad entera, se derrumbó. Alemania se sintió libre, los reaccionarios se escondieron medrosos, en los más oscuros rincones, o huyeron en masa al extranjero. Pero los partidarios de ir "hasta el fin" habían ya empujado en sus manos el timón. Las mismas gentes que marcharon mano a mano con los peores enemigos del pueblo durante cuatro años, haciéndose por eso responsables del crimen sin nombre, las mismas gentes que arrojaron a la revolución sus anatemas cuando apareció a nuestras puertas, se convirtieron en nuestros guardianes. En vano predicó Fischer la calma de los comprometidos. Las consecuencias se señalaron bien pronto. A pesar de que estamos ante la ruina general, a pesar de que nuestras deudas superan casi el doble nuestro haber nacional, a pesar de que Alemania en su época de prosperidad no era capaz de recoger cuatro y media millardas de impuestos, ahora debe pagar 25 millardas; a pesar de que solo había y hay una salida en esta situación atroz, la socialización de la tierra y de los establecimientos industriales, a pesar de todo, este problema fue dilatado de una manera irresponsable y su solución diferida de tal modo que desde el principio se pudo gritar con Marat: "La segunda legislación no es menos barbara que la primera." Y cuando — después de este eterno titubeo de esa indecisión purulenta para adoptar una gran resolución cualquiera que correspondiera a la grandera y a la gravedad de esta hora — apareció en las filas de los trabajadores un descontento cada vez mayor, fortificado más aún por los padecimientos y las privaciones de largos años, y se tradujo violentamente por fin en Berlín y en otras ciudades, los advenedizos del poder señalaron tan poca comprensión de esas profundas causas psicológicas de esos fenómenos como los representantes del viejo régimen. Y lo mismo que ellos, no tuvieron otro argumento que el fusil que disparó, y el cable que cortó. Desde entonces levantó su cabeza en todas partes sin temor la contrarrevolución. Horcas pretorianas voluntarias con oficiales reaccionarios a la cabeza atormentaban a la población laboriosa, y el gobierno no pudo contener el espíritu que la llama. El estado de sitio es casi una condición normal de la nueva Alemania y el asesinato de los defensores sin cesar de la libertad del pueblo se ha convertido en una industria.

En Berlín duró la lucha de almost una semana entera. Se operó con cañones, lanzaminas y gases como en los campos de batalla. Centenares de hombres inocentes han sido víctimas de esas carnicerías, y actualmente el mal de

cuatro millones de hombres está de nuevo en manos del poder militar. Y lo mismo ha sido experimentado en otras ciudades. Compañeros, ¿no es ya tiempo de poner un fin a estas terribles condiciones? ¿Podemos cargar más tiempo sobre la conciencia la grave responsabilidad de la matanza fratricida? No es el momento más oportuno para paralizar la violencia negándole los instrumentos de la violencia? Yo creo que a cada uno de nosotros le interesa el bienestar de nuestro pueblo y para el que aspira a salvar el futuro de la revolución no puede haber más vacilaciones. No tenemos derecho a murmurar sobre nuestra esclavitud, mientras forjemos nosotros mismos las propias cadenas.

La negativa a la producción de armas es la única garantía para terminar la matanza organizada de las masas.

Compañeros de la industria de los armamentos! El destino del pueblo está en vuestras manos. Una resolución sería, viril, por vuestra parte no dejará de tener su efecto aún fuera de las fronteras. En el exterior no se tiene todavía mucha confianza en nosotros, después de la monstruosidad que ha acontecido. Se ve a la cabeza del nuevo Estado los mismos hombres que han prestado servicios de asistentes del viejo régimen hasta la última hora, y se duda de ellos. Pero una resolución como la que os propongo aquí sería una manifestación de los trabajadores mismos, una documentación pública de nuestro amor a la paz y a la libertad, y, creedme, camaradas, hallaría y debería hallar un eco en el corazón del proletariado de todos los países.

Tal vez se nos hará el viejo reproche de que queremos entregar sin defensa a la patria a la arbitrariedad del enemigo. Pero no debe cada uno llegar a la convicción, después de los terribles acontecimientos de los últimos cuatro años, de que la peor invasión no hubiera sido capaz de producir sobre nuestro pueblo tantas desdichas como la defensa de la patria? Pero hoy no tiene objeto ya esa objeción, pues hemos sido batidos tan profunda y decisivamente que todo pensamiento de una defensa frente a un enemigo superior sería un criminal absurdo. No nos queda más que un arma, — la acción moral sobre la clase obrera de los otros países, y la aprobación de la resolución por este congreso sería un paso poderoso en ese sentido.

Los gobiernos de los aliados no nos han dejado duda alguna de que están decididos a reducir violentamente el poder del ejército alemán. Si las informaciones de la prensa son verdaderas, Inglaterra exigirá categóricamente la abolición del servicio militar obligatorio en Alemania y permitirá sólo un ejército mercenario en proporciones limitadas. Si este es el caso, entonces nuestra responsabilidad es aún mayor y mi proposición tendrá doble significación para el porvenir. El joven que es presionado en el ejército mediante el servicio general obligatorio, es siempre un ser humano y espera con impaciencia el momento de poder cambiar de nuevo el uniforme por el traje civil para volver al ambiente de sus compañeros del pueblo. Pero los mercenarios, que hacen del asesinato humano una industria y elevan a virtud la fuerza, son, o bien criaturas a quienes escapa toda responsabilidad moral de sus actos, o individuos interiormente embrutecidos en los que ha muerto todo rastro de humanidad.

¡Ay de nosotros si entregamos nuestro destino y el destino de nuestros hijos a una horda de preteritos! El primer paso para ello desgraciadamente está ya dado. Todos los cuerpos voluntarios creados en los últimos meses con febril precipitación para asegurar supuestamente las fronteras alemanas, solo son en realidad tropas de ataque necesarias para estrangular la revolución y favorecer la victoria de la contrarrevolución.

Justamente por eso, compañeros, se nos impone el deber moral tanto más imperiosamente de renunciar a la violencia brutal del poder de las armas. Hasta aquí los trabajadores estuvieron dispuestos, por desgracia, a arriesgar su vida en las trincheras en pro de extraños intereses muy diferentes a los que les podían ganar para la defensa de los intereses propios. La clase gobernante nos aventajaba en este concepto.

Poco antes del estallido de la guerra, publicó el *Labour Leader*, el órgano del partido obrero independiente de Inglaterra, una serie de artículos sobre la existencia

de un torneo internacional de armas al que pertenecían 70 de las fábricas de armas más grandes de todos los países, entre ellas Krupp en Alemania, Armstrong en Inglaterra y Schneider en Francia. El torneo había elaborado con todos los refinamientos un sistema que le ofrecía la posibilidad de escarificar todos los Estados de la manera más desvergonzada. Si se dirigía un Estado con una proposición a una de las firmas en demanda de precios, se le participaban estos y se ponía la respuesta en conocimiento de las demás firmas del consorcio. Si el mismo Estado preguntaba entonces a otra firma para probar la concurrencia, esta otra firma estaba comprometida a dar precios más elevados. De este modo era excluida toda concurrencia y el Estado debía pagar la suma que se le exigía. La ganancia era repartida después de acuerdo a ciertas proporciones entre las firmas del consorcio. El pacto de esa noble corporación no fue abolido de ningún modo por la guerra y mientras que a los internados civiles de los distintos países se les robaba lo último y se les enviaba "absolutamente" desprovistos de medios a sus respectivas nacionalidades, nadie pensó en tocar los intereses que tenía la firma Krupp en Inglaterra y la firma Armstrong en Alemania. Como han gobernado estos nobles patriotas la prensa del extranjero para producir el espíritu guerrero a fin de recibir más y más proposiciones de los Estados, nos lo ha dicho Karl Liebknecht en su memorable discurso del Reichstag con clásica meridiana claridad.

Compañeros! Todas estas terribles experiencias requieren con imperiosa necesidad una resolución, un hecho. Hoy que nuestro país está en el camino de la revolución, debe quedar a un lado todo trivial materialismo, naciendo del egoísmo de esta hora, y dejar el puesto a consideraciones y a interpretaciones más ideales. Las palabras que el moribundo Saint-Simon dijo a su discípulo favorito Rodière, como salutación de despedida: "Piensa, hijo mío, que se debe estar entusiasmado para realizar grandes cosas" — estas palabras son también un legado para nosotros, para los que tienen la aspiración de dirigir la humanidad desde el

caos tenebroso de la mentira, de la opresión económica y política y de la violencia bruta a las puras esferas de una cultura superior.

Se nos asegura cada día en todas las relaciones imaginables que Alemania está al borde del abismo, que nos amenaza el hambre y la miseria sin nombre y que sólo el trabajo, el trabajo útil y diligente podría salvarnos todavía.

Pues, bien, dejémoslos estar, finalmente, los establecimientos de la miseria y de la destrucción y transformemos los fuentes de trabajo vital y profluo, para que nuestro atormentado pueblo pueda finalmente sanar.

"Ni un hombre ni un arma para el Estado" — sea esta nuestra promesa para el futuro, sobre la que surja por fin la verdadera y la efectiva revolución, que nos aportará el reino de la paz y de la libertad, el reino del socialismo — la revolución que el poeta predijo con miradas de vidente, cuando hizo manar jubilosamente de sus labios:

*Kehe wieder über die Berge,
Muster der Freiheit, Revolution!*
(Vuelve por sobre los montes, madre de la libertad, revolución!)

RESOLUCION

Considerando que la liberación de la clase obrera debe ser obra de los trabajadores mismos, — considerando además que la matanza sistemática de los que luchan y la opresión violenta de las clases desposeídas, solo es posible mediante la cooperación de todos los trabajadores; la conferencia nacional de los trabajadores de la industria de los armamentos, resuelve proponer a todos los obreros ocupados en la industria de las armas el rechazo total de toda producción ulterior de material de guerra y la transformación de los talleres para el trabajo de la paz.

Al mismo tiempo el congreso envía a los trabajadores de todos los países sus saludos fraternales y expresa la esperanza de que la resolución aprobada por el contribuirá a la realización del socialismo revolucionario internacional.

(Continuando)

Ea idea anarquista: su pasado, su porvenir

VI

P. J. Proudhon fue el primer socialista, después de Babeuf, que hizo temblar a la burguesía, que pudo matar a este último, pero que no pudo ya sofocar la voz de Proudhon, bien que le deparase una vida de aislado y de perseguido. Proudhon (1808-1865), de origen campesino del Franco-Condado, antiguo obrero tipógrafo, fue considerado el socialista más peligroso, porque no trataba de construir un nuevo mundo con todas las piezas comenzando por esfuerzos diminutos derrochados al margen de la sociedad, como no creía tampoco en esfuerzos violentos que a la suma podían destruir, pero que no ofrecían ninguna garantía de reconstrucción. — El trabajo de destruir el sistema burgués y con él el sistema del Estado por una vía muy distinta, poco más o menos esta: deseaba cambiar las instituciones en pleno París, a la luz del día, por una acción inteligente y consciente que retiraría al sistema actual el soporte, forzado por la miseria, era verdad, pero sin embargo más voluntario y rutinario de lo que se creía, de los brazos y del cerebro de los que no poseen.

Fue el más odiado, lo insidioso, pero también lo más eficaz, lo ficticio de las fortificaciones que rodean la propiedad usurpada y monopolizada, ante todo por el Estado. No deseaba conquistar esas fortificaciones, el sueño de los socialistas autoritarios, que quieren ser dictadores y amos a su vez. ¿Qué habría hecho Proudhon con el Estado? Procuraba al contrario hacerlas inútiles, anacrónicas, como la más bella fortaleza puede hacerse insoportable cuando la lucha se dirige en otro terreno. Ese terreno Proudhon lo buscó durante los 25 años de su vida literaria intensa.

En lugar de la conquista de los autoritarios, de la destrucción de los rebeldes

libertarios, preconizó la liquidación del monopolio y de sus apoyos. Si el pueblo organizara sus asuntos por sí mismo, por una acción directa de contratos, máximas de cambio recíproco, de crédito basado en su trabajo, el capital y el Estado, capitalistas, funcionarios, ejércitos, sacerdotes, etc., quedarían paralizados como en grandes inútiles, cayéndose las ideas muriendo de hambre o poniéndose a trabajar y a producir como los demás. En una palabra, su comercio, la explotación y la dominación, sería abandonada por los clientes, víctimas durante tanto tiempo, trabajadores y contribuyentes. ¿Habría bancarrota, sería liquidación como no importa qué empresa que no correspondiera a ninguna necesidad seria y no halla más clientes.

Tal me parece ser la idea fundamental de Proudhon, que es el fondo de toda su acción. No es que haya hallado ese medio maravilloso para quitar la clientela a esas explotaciones monstruosas y al mismo tiempo inútiles y absurdas, al monopolio y al Estado, pero ha pasado una vida pensando en la investigación de ese medio, y ese fue su gran crimen a los ojos de los burgueses. Ese temor instigativo del enemigo les quitó un sistema precioso para el pueblo de que Proudhon había dado con la parte débil de la desfeppa burguesa. Era, además, un sistema que algunos que se oponían con el porvenir y se aislaban, pero que muchos de los que hombres como Proudhon hallaron el medio de cortar las raíces del sistema de desviación.

Es preciso también recordar que en 1840, cuando ninguna organización sindical pública, ni el sufragio universal existían aún y la propaganda popular es muy restringida, esa época se era socialista y no se conocían los índices y, poco después,

de 1924
contras, impu-
vida en comu-
s. prejuicios y
critica ha arro-
que puedan
os puros, prác-
unos de una ba-
o largo de una
gente, se hace
er nada de su
de la vida son
tus actos mora-
semejantes.
e llama políti-
de aburrir
gradable al ve-
ia) y como se
esta savoi-et-
ta, usual, adap-
abres del tiem-
todá sensatez
casa para pa-
son las que se-
as comódas de
ida por la cos-
lar a tu carác-
te quita nun-
ón y las gran-
no están siem-
pos, detencio-
no son nada
tos de tu vida,
to más bello y
dan revesir.
tu puchero en
ate. Pero es in-
placer comien-
torado con pá-
ácter rudo, su-
claro. Pero tu
rodeen se enri-
que habido "Per-
los pájaros
que lleva-
terior.
en efecto, están
en nuestra
a casi parte de
de nacimiento
grdos o flacos,
suerde de na-
chaciones, indú-
VIGNE
a
habíamos visto
conclusión de
los opanamos
nuestros hijos
istaba con to-
a la matanza
nos no se apro-
loch, pero nos
forjábamos fu-
o es sólo de la
de los traba-
En nuestros
educábamos el
stos besos de
ida, pues nos
as y más los
talleres de la
masa. "¡Aba-
nos con frené-
mismos el va-
los martillos
a latta en ne-
aba en nues-
ppons "nois et
sup [demasi,
tendre humain!
de la pue-
sones de la
chans, "Deuts-
a sonos de la

